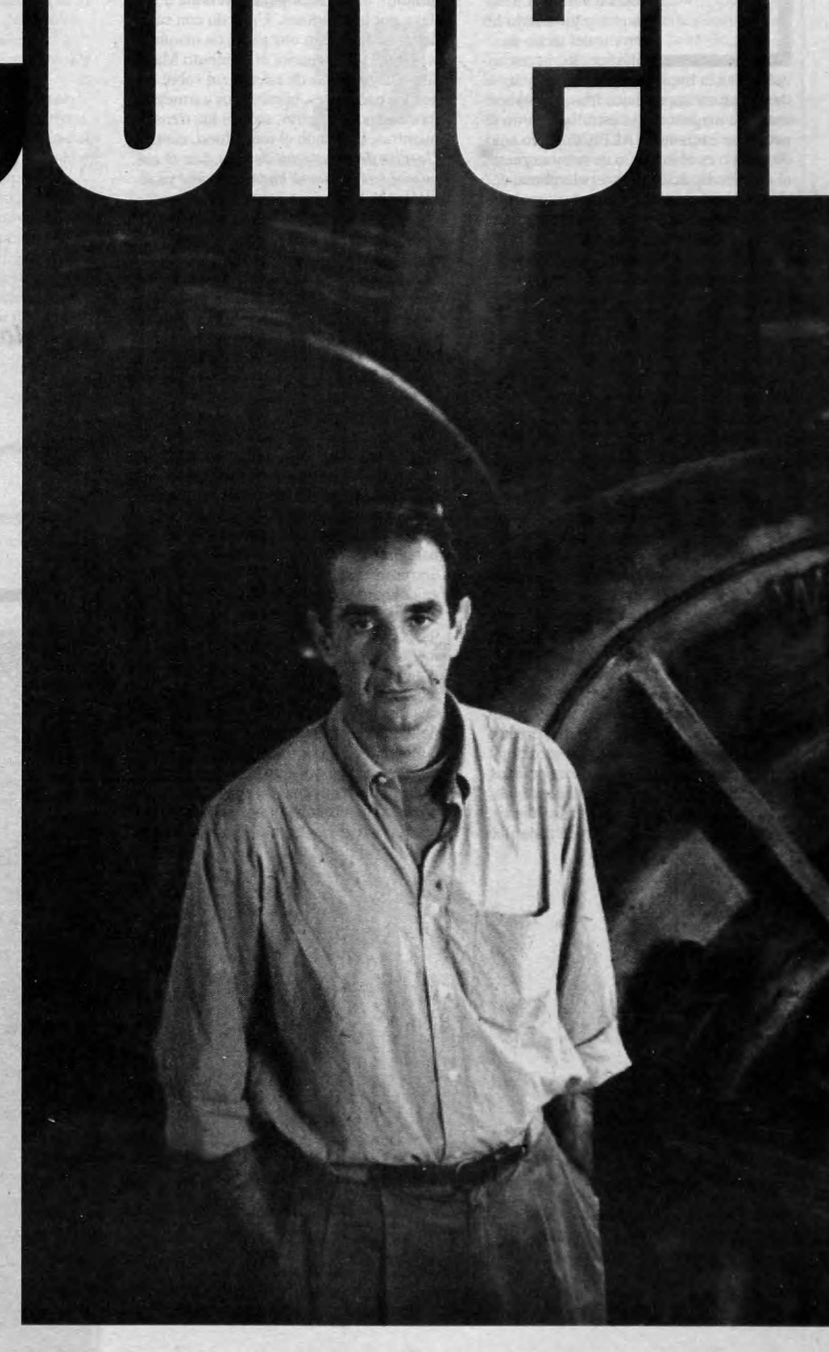
Marcelo Cohen

Alejandra López



Un hombre amable

Esto que el lector va a leer, si tiene a bien, es un fragmento de *Un hombre amable*, una novela corta pero no tanto como habría sido ideal. La novela consta en buena parte de descripciones, y lo que se describe en este fragmento es un baile, o bailongo, que transcurre en una carpa alzada en el patio de un club de barrio. El mundo del cual se habla está apenas un poco –unas expectativas o sosos temores– por delante del presente, como una figuración de lo que podemos alcanzar en cualquier momento y alcanzaremos sin duda, aunque no me gustaría que se creyese que es un mundo ominoso. Es un mundo en todo igual al nuestro pero una pizca distinto, como si algunos habitantes hubieran tenido una revelación que les cambió la forma de mirarlo –que les permite verlo como es, y por eso tenerlo– y otros hubieran cortado el freno que les impide realizar sus propósitos más negados. En ese sentido no hay que temer nada malo, porque lo peor que podía pasar es lo que ha pasado. Por esto mismo, porque no hacen falta escrúpulos y los desquiciados protocolos del poder se pueden observar con pasmo indiferente, como si fueran relaciones entre satélites más allá de las nubes, existe una incipiente libertad para hacerse cargo de la vida menuda, la inmediata, la única, e inventar algún valor práctico comunitario. Dainez, el protagonista, ha sufrido varias de las caídas habituales en la paleodemocracia periférica. De profesor de matemática ha pasado a taxista, de un vecindario decente a un arrabal embarrado donde aún queda alguna fábrica, de la fe en la conciencia histórica a la depresión indignada y del matrimonio a la separación. Vive con su hija Sabina y trabaja para un consorcio informático que se dedica a reventar códigos desmesuradamente largos de acceso a correos electrónicos protegidos; le pagan unos pesos por descubrir números primos de más de diez dígitos. Todos los días, para reponer el ánimo abrumado, sube a un montículo de escombros y, en lo que al principio le parece aire liso, ve insinuarse el paisaje del barrio, que para él es una *zona rara*. Cuando el barrio termina de surgir, Dainez siente que también ha surgido él, que se ha formado, y entonces puede incursionar por ahí, a averiguar qué pasa entre y con los vecinos. De cómo ensambla la mente de Dainez las anécdotas que recoge en la zona, y de su afán de profesar la amabilidad como valor cohesivo, trata más o menos la novela. Sólo dos datos: *Lucidos* y *Velados* son dos bandas juveniles que dominan parte de la vida del barrio; los *buraqueros* son gente que vive en agujeros del suelo, como los trogloditas pero actuales. Quiénes son los demás personajes que se mencionan y cuál el motivo de suspenso, lectores, lo descubrirán si el pasaje les gusta y compran el libro. Es lo que pretende hasta el más disimulado alumno de la princesa Sherezada.

Marcelo Cohen

Un ho amable

Por Marcelo Cohen

El poste mayor, que baja de la cumbre de la carpa al centro de la pista, atraviesa una bola de vidrio facetado que refleja las luces laterales, bombitas rojas o verdes. La bola gira y gira. Bajo las curvas del techo de plástico, los haces zozobran en la humareda, se acunan y se desflecan en imprevistos lilas, en borbotones de magenta, y se estrellan contra el neón que exclama ¡SALPICCA! No sólo de tabaco es el humo, o de hamburguesas al carbón. Es de cuellos y pelambres, de aliento y grititos transfigurados, porque entre la fisis que se zarandea en la pista hay quien intenta hablar, para decir que está contento, o chilla porque lo maltratan, o quiere imponerse o expresar frenesí. La pista es casi todo. Anémonas, larvas, carnosos heliotropos, redes de ganglios, racimos o colonias de cuerpos integrados, recorridos internamente por dos o tres algoritmos espesos, y en la superficie moviéndose al son de una melodía. Si se mira bien la pista es caras: más allá del color, enrojecidas todas y tensas y lustrosas, como tejido nuevo de piel que se había quemado. Las bocas de las chicas cantan. Los hombros de los varones se independizan o desencajan. Manos enguantadas frotan caderas del lycra. Jactancia de las pelvis, braguetazos. Festival de cerveza y saliva, apretones y cachetadas, arrumacos, espasmos, orlón, algodón, poliamida e hilachas, laca, esmalte, tintineo de collares, destellos de carmín, mordisquitos de dientes picados o, entre buraqueros, de pura encía, caderazos, risotadas, inflamación de pezones, dedos rapaces, gimoteos, muslos atormentados, bufidos, delicia, cosquillas, insidia, prepotencia y desmayo, sudor de ají molido, soplos de lavanda, mucosas exasperadas en la vaselina del aire: y ocultas por la autarquía de los gestos, por la insidia ritual de los culos, centenares de zapatillas o sandalias y varios pies casi descalzos fundamentan el triunfo del éxtasis en el cumplimiento de la razón rítmica. El aire huele a pata, a alcohol y lanolina, a bichos muertos. Una cabeza de hurón mordisquea una oreja. Llora un novio despechado. Dos amantes se desploman en un tumulto; otros se empujan. Resbala una llave por las baldosas. Un dedo con sabañones se hunde en una playa de maquillaje. Desde el escenario, el diminuto Manisito Vango, blusa de tafeta azul sobre los gordos pectorales, bombachos carmesí y mocasines de esparto, sacude los rizos mientras, lamiendo el micrófono, canta: *Gordita de mburuquí/ de otra vida te conozco/ vos proyectá buenas ondas/ yo viviré en tu morlojo*, o canta *Que me ma que me ma que me ma-re-a/ tu de-sazón./ Que me fa que me fa que me fas-cina/ tu congojita*, y Dainez no escucha bien porque el único acompañante instrumental se afana de tal manera en el sintetizador que a menudo tapa al vocalista. En los vacíos que sobreviven sólo se oye la caja de ritmos, como si estuviera enchufada al hervor de los cuerpos. Dainez ve a Roxana, revoleando una mano nacarada mientras con la otra se palmotea la barriga. Un grupo de mascadores de chicles la acordona en una quietud más bien macabra. Contra un poste lateral, esgrimiendo una lata de limonada, la Pulpita se despega a puntapiés de un cortejante inestable. El tipo va a rebotar contra una pareja, que con un brazo doble termina de derrumbarlo. Una lengua de cuerpos surge del gentío, envuelve a la Pulpita y la recoge, y ella se deja arrastrar con un traqueteo de tetas. Al instante está abrazada a una especie de liana andante. Bailan. La liana se le enrosca, quizá para librarla de alguna represalia; ella se ríe, boquea; y cuando al rato se pierden de vista, Dainez nota que esa masa móvil que lo abarca también a él, y podría terminar por asimilarlo, es un organismo hecho no de unidades apelmazadas sino de conjuntos, y que contiene tantas conexiones como membranas divisorias. La música debe durar para que se mantenga el orden; y durará hasta que, apabullado por la suma de música,cerveza, excitación y tiempo, el orden se apague con cuerpos y todo como se apaga en un charco el reflejo de un farol cuando raya el alba. Los únicos encuentros entre grupos adversos se dan en forma de riña, y en lo posible se evitan. Un estado de disuasión y legalidad rechinante domina el baile. Todo está a la vista; todo es explícito. Junto al puesto de bebidas incoloras, bajo un altavoz, el cacique de los Lucidos comenta incidencias, imparte directivas y parece que cuenta chistes, flanqueado por una hueste que escucha sin dejar de menearse. Se llama Correga: entre las crenchas entalcadas, la cara parece helado de avellana a punto de derretirse; lleva un chaleco beige sobre la camisa blanca y en el pecho lampiño una cabecita de águila traspasada por un tubo fluorescente. Los Lucidos privilegian la ropa blanca, los cigarrillos sin filtro, la ginebra, las armas largas y los amores tempestuosos; ellos y ellas so-

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Por Marcelo Cohen

Un hombre amable

El poste mayor, que baja de la cumbre de la carpa al centro de la pista, atraviesa una bola de vidrio facetado que refleja las luces laterales, bombitas rojas o verdes. La bola gira y gira. Bajo las curvas del techo de plástico, los haces zozobran en la humareda, se acunan y se desflecan en imprevistos lilas, en borbotones de magenta, y se estrellan contra el neón que exclama ¡SALPICCA! No sólo de tabaco es el humo, o de hamburguesas al carbón. Es de cuellos y pelambres, de aliento y grititos transfigurados, porque entre la fisis que se zarandea en la pista hay quien intenta hablar, para decir que está contento, o chilla porque lo maltratan, o quiere imponerse o expresar frenesí. La pista es casi todo. Anémonas, larvas, carnosos heliotropos, redes de ganglios, racimos o colonias de cuerpos integrados, recorridos internamente por dos o tres algoritmos espesos, y en la superficie moviéndose al son de una melodía. Si se mira bien la pista es caras: más allá del color, enrojecidas todas y tensas y lustrosas, como tejido nuevo de piel que se había quemado. Las bocas de las chicas cantan. Los hombros de los varones se independizan o desencajan. Manos enguantadas frotan caderas del lycra. Jactancia de las pelvis, braguetazos. Festival de cerveza y saliva, apretones y cachetadas, arrumacos, espasmos, orlón, algodón, poliamida e hilachas, laca, esmalte, tintineo de collares, destellos de carmín, mordisquitos de dientes picados o, entre buraqueros, de pura encía, caderazos, risotadas, inflamación de pezones, dedos rapaces, gimoteos, muslos atormentados, bufidos, delicia, cosquillas, insidia, prepotencia y desmayo, sudor de ají molido, soplos de lavanda, mucosas exasperadas en la vaselina del aire: y ocultas por la autarquía de los gestos, por la insidia ritual de los culos, centenares de zapatillas o sandalias y varios pies casi descalzos fundamentan el triunfo del éxtasis en el cumplimiento de la razón rítmica. El aire huele a pata, a alcohol y lanolina, a bichos muertos. Una cabeza de hurón mordisquea una oreja. Llora un novio despechado. Dos amantes se desploman en un tumulto; otros se empujan. Resbala una llave por las baldosas. Un dedo con sabañones se hunde en una playa de maquillaje. Desde el escenario, el diminuto Manisito Vango, blusa de tafeta azul sobre los gordos pectorales, bombachos carmesí y mocasines de esparto, sacude los rizos mientras, lamiendo el micrófono, canta: *Gordita de mburuquí/ de otra vida te conozco/ vos proyectá buenas ondas/ yo viviré en tu morlojo*, o canta *Que me ma que me ma que me ma-re-a/ tu de-sazón./ Que me fa que me fa que me fas-cina/ tu congojita*, y Dainez no escucha bien porque el único acompañante instrumental se afana de tal manera en el sintetizador que a menudo tapa al vocalista. En los vacíos que sobreviven sólo se oye la caja de ritmos, como si estuviera enchufada al hervor de los cuerpos. Dainez ve a Roxana, revoleando una mano nacarada mientras con la otra se palmotea la barriga. Un grupo de mascadores de chicles la acordona en una quietud más bien macabra. Contra un poste lateral, esgrimiendo una lata de limonada, la Pulpita se despega a puntapiés de un cortejante inestable. El tipo va a rebotar contra una pareja, que con un brazo doble termina de derrumbarlo. Una lengua de cuerpos surge del gentío, envuelve a la Pulpita y la recoge, y ella se deja arrastrar con un traqueteo de tetas. Al instante está abrazada a una especie de liana andante. Bailan. La liana se le enrosca, quizá para librarla de alguna represalia; ella se ríe, boquea; y cuando al rato se pierden de vista, Dainez nota que esa masa móvil que lo abarca también a él, y podría terminar por asimilarlo, es un organismo hecho no de unidades apelmazadas sino de conjuntos, y que contiene tantas conexiones como membranas divisorias. La música debe durar para que se mantenga el orden; y durará hasta que, apabullado por la suma de música,cerveza, excitación y tiempo, el orden se apague con cuerpos y todo como se apaga en un charco el reflejo de un farol cuando raya el alba. Los únicos encuentros entre grupos adversos se dan en forma de riña, y en lo posible se evitan. Un estado de disuasión y legalidad rechinante domina el baile. Todo está a la vista; todo es explícito. Junto al puesto de bebidas incoloras, bajo un altavoz, el cacique de los Lucidos comenta incidencias, imparte directivas y parece que cuenta chistes, flanqueado por una hueste que escucha sin dejar de menearse. Se llama Correga: entre las crenchas entalcadas, la cara parece helado de avellana a punto de derretirse; lleva un chaleco beige sobre la camisa blanca y en el pecho lampiño una cabecita de águila traspasada por un tubo fluorescente. Los Lucidos privilegian la ropa blanca, los cigarrillos sin filtro, la ginebra, las armas largas y los amores tempestuosos; ellos y ellas sobreactúan los arrebatos y son dados a exhibir toda la carne posible, a menudo abundante o musculosa. Los Lucidos propugnan un romanticismo al servicio de la claridad total; cultivan el desenfado, el capricho, la intemperancia, la susceptibilidad y la magia como vías de crecimiento individual. Creen que el desarrollo sinuoso es la garantía de la salud del barrio; y que no hay forma más alta de ser libre que estar sano. Persiguen un absoluto de estabilidad. Los Velados, dentro de los flacos recursos del ambiente, tienden a la ropa vistosa con parches, rayas, colgaduras o apliques, y al pelo corto pero teñido, como para acentuar que las apariencias les importan poco. Detestan los emblemas. Beben cerveza o vino, fuman con boquilla, son desgarbados y sobrios, aunque comen de todo, y afirman que sólo reconociendo su inconstancia básica el individuo puede ahondar en lo que ofrece cada etapa. La vida sentimental de la banda Velada es una incesante ronda que obliga a cambiar de pareja, so pena de pisoteo, y llegar al fondo de cada relación antes de que se imponga el cambio. Tal vez por eso los Velados rezuman sombras. Tienen su peculiar empeño, sin embargo. Creen que la ambivalencia es para el barrio una promesa, que lo perezoso es flexible y que el barrio no tiene por qué defenderse de nada, y se abandonan al infinito de lo posible munidos, por si hay que asaltarlo, de pistolitas calibre 22 o varas con estilete. Veneran la medialuz y la discreción práctica. Su divinidad es un continuo de incertidumbre. Aunque rechazan los liderazgos, todos se desviven por Bolsky, el tornero, que parece un palo con cabeza de terracota. Ahora, metido en el vaivén total del bailable Salpicca, Bolsky refriega una sonrisa lánguida contra el hombro de una chica embutida en rayón verde. Se deja aspirar por la masa. Varios secuaces fluyen con él, y la multitud se ahueca, se pliega y reabsorbe las divisiones, generando en el acto asimetrías nuevas y jugosas. Y es que no todos los bailarines se avienen a la división de bloques. Entre la banda que idealiza lo claro y la banda que enarbola lo confuso, al margen de sus tabúes y sus lealtades, hay individuos residuales, derivantes, indescriptibles, como áreas de asociación de un cerebro que nunca generará una identidad. La pista entera con sus cuerpos es ese cerebro, compacto pero gelatinoso, uno en la unción y múltiple de contracciones, vibrante pero no muy estructurado, quizá ebrio. El amasijo de cuerpos es el cerebro de Dainez, y Dainez está dentro, como la neurona capital en el centro de todas las relaciones, esperando una descarga para que implosione la conciencia. Pero no. La masa encefálica se mueve. Tanto Lucidos como Velados alientan el eterno regreso de Manisito Vango a los bailongos del barrio porque el perturbador ritmo que inventó el Manisito, el *gurubel*, consigue alargar la incandescencia del cuerpo manteniéndolo siempre a la puerta del incendio. Manisito canta; el público salta, se mece, silba y palmotea; el tecladista dispara andanadas de arpegios; la caja de ritmos pedorrea y las líneas de tensión se desplazan, tan rápido que Dainez no las ve, para estallar sólo donde no lesionan el todo. Manisito mueve la cabeza como un tití, se sacude como un pato, el gurubel emulsiona la humareda y la colonia de cuerpos palpita y destella, recamada de sudor, como si desde las gargantas, las lenguas, los vientres y las entrepiernas la humedad subiera agitándose y el movimiento le diera a cada gota un brillo de diamante mal cortado. Sorbido él también por el movimiento, Dainez ya no sabe dónde le terminan los brazos. Da un paso atrás para zafarse y choca con una puerta vaivén que da a los baños. Desde allí observa el magma. Todo parece lo mismo. Qué desaliento. ¿Cómo diferenciar en este instante la silueta abombada de Roxana, con su bebé singular en la barriga, del compuesto que baila preñado de sí mismo? ¿Estará por ahí el hombre que la muchacha encontró en el helado y ensambló con su deseo, protegiéndola, reconocible? Tal vez lo que colma la pista sea un gran número primo. En eso Dainez divisa a su hija. Tiene la boca muy roja y muy abierta y un aire vigilante que no le impide golpetear el culo contra el culo de Roxana, como renovando intermitentemente un secreto. Alguien le apoya una mano callosa en el hombro; Sabina se da vuelta y entonces descubre a Dainez. A distancia hay un tiroteo de mensajes. Dejando su vaso de vino en un rincón, Dainez opta por escabullirse al baño, donde la vergüenza se le ahoga en tufos de vómito y colonia. Tropieza con un gato. Camina pisando aserrín. En un retrete alguien atiende a un Lucido que sangra por el gañote. De las negociaciones que mantienen las dos bandas junto al lavatorio llegan voces glaciales. Y cuando Dainez empieza a orinar lo abordan dos indios que apenas caben en sus chaquetas de papel. "Lo que parece que se le ha perdido, viejo", dice uno, "¿qué tal si lo busca bien en su casa?" "Por supuesto, me voy a fijar", dice Dainez amablemente. El otro le pellizca el cuello. Dainez sale del baño por atrás, derecho a la puerta del club. No sabe qué pensar. El es un agnóstico radical. No tiene a quién pedirle que la zona lleve a esos muchachos del conflicto limitado a la coexistencia indiferente. Más tarde se olvida de tomar la pastilla nocturna; sin embargo se duerme como un chico, hamacado por manotones y ecos de gurubel. ■

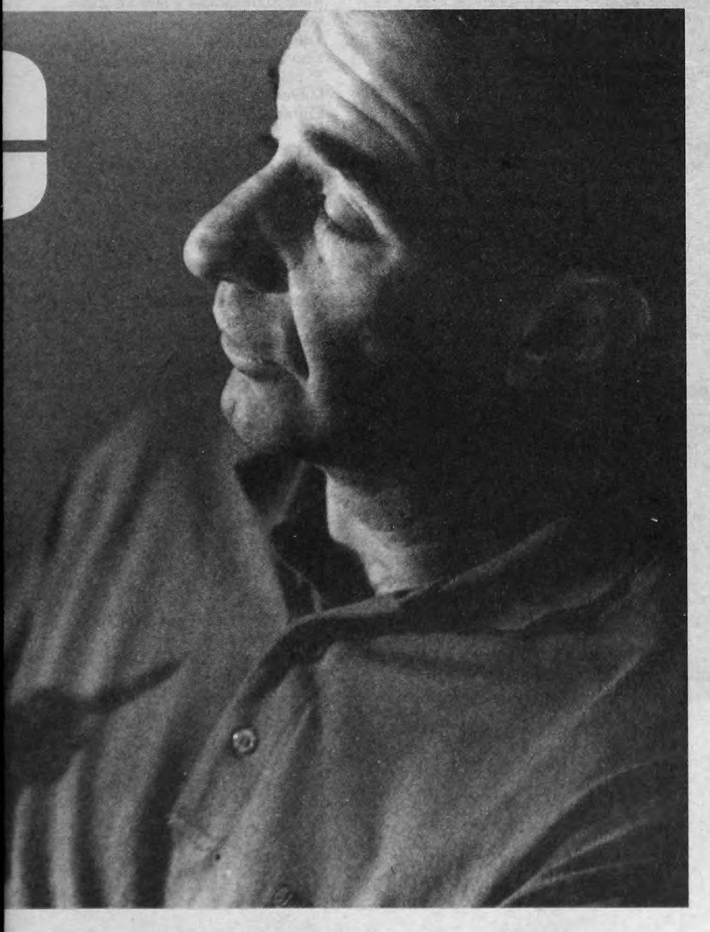
"Las bocas de las chicas cantan. Los hombros de los varones se independizan o desencajan. Manos enguantadas frotan caderas del lycra. Jactancia de las pelvis, braguetazos."

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

breactúan los arrebatos y son dados a exhibir toda la carne posible, a menudo abundante o musculosa. Los Lucidos propugnan un romanticismo al servicio de la claridad total; cultivan el desenfado, el capricho, la intemperancia, la susceptibilidad y la magia como vías de crecimiento individual. Creen que el desarrollo sinuoso es la garantía de la salud del barrio; y que no hay forma más alta de ser libre que estar sano. Persiguen un absoluto de estabilidad. Los Velados, dentro de los flacos recursos del ambiente, tienden a la ropa vistosa con parches, rayas, colgaduras o apliques, y al pelo corto pero teñido, como para acentuar que las apariencias les importan poco. Detestan los emblemas. Beben cerveza o vino, fuman con boquilla, son desgarbados y sobrios, aunque comen de todo, y afirman que sólo reconociendo su inconstancia básica el individuo puede ahondar en lo que ofrece cada etapa. La vida sentimental de la banda Velada es una incesante ronda que obliga a cambiar de pareja, so pena de pisoteo, y llegar al fondo de cada relación antes de que se imponga el cambio. Tal vez por eso los Velados rezuman sombras. Tienen su peculiar empeño, sin embargo. Creen que la ambivalencia es para el barrio una promesa, que lo perezoso es flexible y que el barrio no tiene por qué defenderse de nada, y se abandonan al infinito de lo posible munidos, por si hay que asaltarlo, de pistolitas calibre 22 o varas con estilete. Veneran la medialuz y la discreción práctica. Su divinidad es un continuo de incertidumbre. Aunque rechazan los liderazgos, todos se desviven por Bolsky, el tornero, que parece un palo con cabeza de terracota. Ahora, metido en el vaivén total del bailable Salpicca, Bolsky refriega una sonrisa lánguida contra el hombro de una chica embutida en rayón verde. Se deja aspirar por la masa. Varios secuaces fluyen con él, y la multitud se ahueca, se pliega y reabsorbe las divisiones, generando en el acto asimetrías nuevas y jugosas. Y es que no todos los bailarines se avienen a la división de bloques. Entre la banda que idealiza lo claro y la banda que enarbola lo confuso, al margen de sus tabúes y sus lealtades, hay individuos residuales, derivantes, indescriptibles, como áreas de asociación de un cerebro que nunca generará una identidad. La pista entera con sus cuerpos es ese cerebro, compacto pero gelatinoso, uno en la unción y múltiple de contracciones, vibrante pero no muy estructurado, quizá ebrio. El amasijo de cuerpos es el cerebro de Dainez, y Dainez está dentro, como la neurona capital en el centro de todas las relaciones, esperando una descarga para que implosione la conciencia. Pero no. La masa encefálica se mueve. Tanto Lucidos como Velados alientan el eterno regreso de Manisito Vango a los bailongos del barrio porque el perturbador ritmo que inventó el Manisito, el *gurubel*, consigue alargar la incandescencia del cuerpo manteniéndolo siempre a la puerta del incendio. Manisito canta; el público salta, se mece, silba y palmotea; el tecladista dispara andanadas de arpegios; la caja de ritmos pedorrea y las líneas de tensión se desplazan, tan rápido que Dainez no las ve, para estallar sólo donde no lesionan el todo. Manisito mueve la cabeza como un tití, se sacude como un pato, el gurubel emulsiona la humareda y la colonia de cuerpos palpita y destella, recamada de sudor, como si desde las gargantas, las lenguas, los vientres y las entrepiernas la humedad subiera agitándose y el movimiento le diera a cada gota un brillo de diamante mal cortado. Sorbido él también por el movimiento, Dainez ya no sabe dónde le terminan los brazos. Da un paso atrás para zafarse y choca con una puerta vaivén que da a los baños. Desde allí observa el magma. Todo parece lo mismo. Qué desaliento. ¿Cómo diferenciar en este instante la silueta abombada de Roxana, con su bebé singular en la barriga, del compuesto que baila preñado de sí mismo? ¿Estará por ahí el hombre que la muchacha encontró en el helado y ensambló con su deseo, protegiéndola, reconocible? Tal vez lo que colma la pista sea un gran número primo. En eso Dainez divisa a su hija. Tiene la boca muy roja y muy abierta y un aire vigilante que no le impide golpetear el culo contra el culo de Roxana, como renovando intermitentemente un secreto. Alguien le apoya una mano callosa en el hombro; Sabina se da vuelta y entonces descubre a Dainez. A distancia hay un tiroteo de mensajes. Dejando su vaso de vino en un rincón, Dainez opta por escabullirse al baño, donde la vergüenza se le ahoga en tufos de vómito y colonia. Tropieza con un gato. Camina pisando aserrín. En un retrete alguien atiende a un Lucido que sangra por el gañote. De las negociaciones que mantienen las dos bandas junto al lavatorio llegan voces glaciales. Y cuando Dainez empieza a orinar lo abordan dos indios que apenas caben en sus chaquetas de papel. "Lo que parece que se le ha perdido, viejo", dice uno, "¿qué tal si lo busca bien en su casa?" "Por supuesto, me voy a fijar", dice Dainez amablemente. El otro le pellizca el cuello. Dainez sale del baño por atrás, derecho a la puerta del club. No sabe qué pensar. El es un agnóstico radical. No tiene a quién pedirle que la zona lleve a esos muchachos del conflicto limitado a la coexistencia indiferente. Más tarde se olvida de tomar la pastilla nocturna; sin embargo se duerme como un chico, hamacado por manotones y ecos de gurubel. ■

“Las bocas de las chicas cantan. Los hombros de los varones se independizan o desencajan. Manos enguantadas frotan caderas del lycra. Jactancia de las pelvis, braguetazos.”

ombre



INFANTILES

CHICHITO Y SUS AMIGOS
Comedia infantil realizada por el grupo de Teatro La Butaca.
Museo Archivo Histórico Municipal "Roberto Barili", Lamadrid 3870.
Miércoles y domingos - 20.30 hs.

CINE PARA CHICOS
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Miércoles - 21.30 hs.

IMAGENES MARINAS
Luciano Brindisi.
Centro Cultural Victoria Ocampo "Villa Victoria", Matheu 1851.
Días 5 y 12 - 20.30 hs.
Entrada: libre y gratuita.

LA GRACIA MUSICAL
Andrea Porcel y Guillermo Yanicola.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Viernes y sábados - 20 hs. Mal tiempo función 18 hs.
Entrada: $4 y $2.

TRIPTICO
Clown y Pantomima.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Viernes y sábados - 19.30 hs.
Mal tiempo función a las 17.30 hs.
Entrada: $4 y $2.

EL VAGON DE LOS TITERES
Estación Ferrocarril, Andén 1. Av. Luro e Italia.
Diariamente: 20 hs. Mal tiempo también a las 18.30 hs.
Entrada: $2.

HOLLYWOOD ON ICE
Music hall sobre hielo.
Ballet y danza con producción para niños "Los picapiedras" y "La sirenita".
Av. Constitución y Ruta 2.
Diariamente - 19 y 22 hs.
Entrada: $5, mayores y jub. $10, plateas $15, palcos $20.

KINDER
Pelotero gigante, laberinto de la jungla, gran castillo inflable, plataforma giratoria, cama elástica.
Moreno 2645.
Diariamente - 18 a 24 hs.
Días nublados o lluviosos de 15 a 24 hs.Entrada: Hora $5 - Tiempo libre: $8

LA CASA ENCANTADA
Recorrido guiado asombroso y divertido, donde la ley de gravedad no se cumple.
Moreno 2227.
Diariamente - 19 a 0.30 hs.
Días de lluvia desde las 17 hs.
Entrada $4.

SUEÑA CON DINOSAURIOS
Teatro del Centro Médico de Mar del Plata, San Luis 1978.
Miércoles a lunes 20 hs. Días lluviosos a las 18 hs.
Entrada: $2 menores y $3 mayores.

SUEÑO DE ANGELES
Centro Cultural Carlos Carella, Rivadavia 2574.
Diariamente - 20 hs. Días de lluvia 17.30 hs.
Entrada: $5.

LA LOCA REVISTA INFANTIL
Diez talentitos en escena, humor y mucho más.
Tío Curzio, Av. Colón y la costa.
Domingos a jueves - 20 hs.





MUSICA

GRANDES OBRAS DE LA MUSICA SACRA
Catedral de los Santos Pedro y Cecilia. Rivadavia 2783
Martes - 19 hs.
Entrada: libre y gratuita.

ORQUESTA MUNICIPAL DE TANGO
Teatro Municipal Colón, Hipólito Yrigoyen 1665.
Lunes - 22 hs.

ENTRE TANGO Y TANGO
Jorge Valdés - María Garay - Chiqui Pereira.
Social Rivadavia. Rivadavia 2332.
Martes a domingo.

EL PATIO DE ALBERTO MERLO
Teatro Municipal Colón, Hipólito Yrigoyen 1665.
Martes - 22 hs.

40 AÑOS Y UNA NOCHE
Con Estela Raval y Los Cinco Latinos.
Hotel Provincial, boulevard Marítimo 2502
Miércoles a sábados, 21.30 hs.
Entrada: desde $20.

BANDA MUNICIPAL DE MUSICA
Ciclo de conciertos.
Plaza San Martín. Peatonal San Martín - Hipólito Yrigoyen - San Luis.
Domingo - 19 hs.
Entrada: libre y gratuita.

BANDA MUNICIPAL DE MUSICA
Teatro Municipal Colón, Hipólito Yrigoyen 1665.
Días 6 y 7: 20 hs. - Lo más clásico de los populares.

MUSICOS MARPLATENSES
Centro Cultural Victoria Ocampo "Villa Victoria", Matheu 1851.
Domingo - 21 hs.
Entrada: $5.
Programación:
Día 8: Analía Nocito.
Día 15: Rambla Vieja Jazz Band.
Día 22: Ensamble Musikás.

AL SUR DEL CANTO
Espectáculos de canto, danza y poesía. Suma Paz, Alfredo "Indio" Urquiza, Jorge Víctor Andrada y la pareja de baile Juan Carlos Luna y Analisa Andreoni.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman, Edificio Casino Central
Lunes y martes - 23 hs.

RECITALES VERANO '98 MUSICA JUNTO AL MAR
Bv. Marítimo y Belgrano - Rambla Casino Central
Días 6, 8 y 13 - 21 hs.
Día 6: Memphis, La Blusera. Ganadores Torneos '97.
Día 8: Alberto Lysy y la Camerata Juvenil Bonaerense.
Día 13: Lalo Schifrin, Orquesta Sinfónica de Gral. Pueyrredón y ganadores Torneos '97.

PIAZZOLLA, UNA PASION
Grupo Vocal TEV.
Teatro Roberto J. Payró - Rambla Casino Central. Bv. Marítimo 2274 3º piso.
Lunes y Martes 23 hs.

RECITALES
Go! Dance Concert, Av. Constitución 5780.
Programación:
Día 9: Los Brujos, Babasónicos.
Entrada: anticipadas $12. Del día $15.

LOS BANDONEONES DE MAR DEL PLATA
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Día 16 - 22 hs.
Entrada: $6 y $3.

ALMA DAS PAMPAS
Benjamín Gasé - Guillermo Yanícola - Claudio Campos.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Día 17 - 21.45 y 21.30 hs respectivamente.
Entrada: $6 y $3.

CICLO DE RECITALES
Alianza Francesa, La Rioja 2065.
Programación:
Días 7 y 14 - 22 hs.: Vocal Arsis Nova
Día 10 - 21 hs.: Brass Quinteto
Día 11 - 21.30 hs.: Trío Clásico
Día 23 - 21.30 hs.: Argentango

LES LUTHIERS
Bromato de armonio.
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central.
Día 7 - 21 y 23.30 hs.

TEATROS

LA CAMPOY EN VIVO
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla. Edificio Casino Central
Días 27 y 28 - 21 hs.
Entrada: $10 y $8.

DONDE ESTARAS CLEOPATRA
Patricia Palmer y Germán Krauss.
Teatro Lido, Santa Fe 1751.
Diariamente - 22 hs. Viernes y sábados 21.30 y 23.30 hs.
Entrada: Desde $10.

MAS PINAS QUE LAS GALLUTAS
Emilio Disi - Tristán - Marixa Bali - Cris Miró.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.
Viernes a martes - 21.45 y 23.30 hs.

EL MUNDO DE CARMEN FLORES
Carmen Flores - Miguel Jordán y Ballet Hispania.
Teatro Tronador, Santiago del Estero 1752.
Martes a domingo - 22 hs. Sábados 21.30 y 23.30 hs.
Entrada: Desde $10.

CONFESIONES DE MUJERES DE 30
Virginia Inocentti - Andrea Politti y Alejandra Flechner.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.
Lunes y martes.
Debut 9 de febrero.

LA DAMA Y LOS VAGABUNDOS
Nito Artaza - Moria Casán y Miguel Angel Cerutti.
Teatro Atlas, Av. Luro 2284.
Lunes a domingo - 21.30 y 23.30 hs.

SINCRO
Dadi Brieva y Chino Volpato
Teatro Neptuno, Santa Fe 1751.
Martes a domingo - 22 hs. viernes y sábados 22 y 23.45 hs.
Entrada: Desde $15.

CHEESE CAKE
Con Mercedes Carreras, Juan Carlos Dual, Diana Maggi y Zulma Faiad.
Teatro Enrique Carreras, Entre Ríos 1828.
Miércoles a domingo 21 y 23 hs.
Entrada: Desde $10.

DOS DAMAS INDIGNAS
Thelma Biral y Luisa Kuliok.
Teatro Hermitage, Sarmiento
Miércoles a domingo - 21.30 hs.
Sábados - 21.30 y 23.15 hs.

QUE DIFICIL ES DECIR ADIOS
Con María Concepción César, Alfonso de Grazia y Marcos Zucker
Teatro R. J. Payró - Rambla Casino Central. Bv. Marítimo 2274 3º piso.
Miércoles a domingo - 20.30 hs.
Entrada: $14 y $8.

VITA Y VIRGINIA
Leonor Benedetto y Elena Tasisto.
Teatro Municipal Colón, Hipólito Yrigoyen 1665.
Miércoles a domingo - 22 hs.
Entrada: Plateas desde $10.

A CORAZON ABIERTO
Gerardo Romano.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.
Miércoles 22.30 hs.
Jueves - 21.30 y 23.30 hs.
Entrada: $20.

RICOS Y FOGOSOS
Jorge Corona y Silvia Süller.
Gran Hotel Provincial, Bv. Marítimo 2500.
Miércoles a domingo - 23 hs. Sábado 23 y 0.45 hs.
Entrada: desde $10.

LA LUPA
Hotel Provincial, Sala La Nona.
Bv. Marítimo 2502.
Martes a domingo - 23.15 hs.
Entrada: $10.